

La retórica como doctrina de la comunicación eficaz



tenerse a la idea que atribuye a la retórica acepciones como palabrería, falsedad, manipulación, chantaje y otras tantas semejantes proviene de una manera de ver la vida sin conflictos, en armonía, justa y ordenada. No como lo que es, una multiplicidad de intereses, opiniones, disidencias y desencuentros. En esta vida real y ordinaria, la retórica funge como instrumento de convivencia, aglutinador de disparidades o transmisor de saberes y cultura. No puede haber sociedad sin retórica, y aquellas que mejor han aprovechado a ésta obtienen mayores índices de bienestar, a diferencia de aquellas que temen la palabra, la discusión, los desacuerdos.

La retórica va más allá de las cuestiones políticas, se extiende a todas las manifestaciones del ser humano. La utiliza el sacerdote para consolar a quienes han perdido un ser querido, haciéndoles ver que la vida eterna espera a todo aquel que tenga fe; el profesor universitario que intenta exponer del modo más efectivo sus hipótesis sobre las causas y efectos de la desertificación; el médico que, para exhortar a sus pacientes a seguir las prescripciones indicadas en el control de los triglicéridos, subraya las consecuencias nefastas que traería una conducta contraria, o la abuela que desea explicar a su nieta cómo hacer un buen mole. Si no se presta atención a las palabras dichas, los resultados podrían ser diferentes. Sacerdote, profesor, médico y abuela deben echar mano de una buena dosis de retórica que no se reduce al embellecimiento de las palabras o a los argumentos requeridos, sino que

además involucra el manejo de la autoridad que se posee, la conciencia de las características del destinatario, así como del momento en que se efectúa la disertación, entre otros muchos factores. Si la abuela quiere instruir a la nieta y ésta se encuentra preocupada por llegar a la cita con las amigas, si el médico se vale de tecnicismos para ilustrar al paciente sobre qué son triglicéridos, si el profesor repite las conocidas consecuencias de la desertificación y si el sacerdote habla en latín, el receptor no captará el mensaje; a lo más morirá de aburrimiento, quedará confundido o verá a la abuela como un estorbo. Por fortuna esto no sucede siempre, ya sea porque se posee una práctica retórica heredada, se es sensible al lenguaje que utilizamos todos los días, o bien, se ha aprendido a hablar con mayor eficacia.

El sacerdote tiene conocimientos de retórica que adquirió en su ministerio, por lo que dispone de diferentes recursos: eleva los ojos al cielo, extiende lentamente las manos, habla en voz baja para infundir mayor devoción... Así, además del conocimiento práctico, existe una enseñanza de esos mecanismos y el desarrollo de una teoría que explica todos esos fenómenos del lenguaje, los cuales no son objeto de la lingüística ni de la gramática ni de ninguna otra ciencia, sino de la retórica.

La retórica es una práctica y una teoría, es una doctrina; es decir, una enseñanza de la comunicación de calidad para su uso en la vida cotidiana, puesto que delinea formas de lograr que nuestras palabras sean eficaces y tengan efectos en los destinatarios. La enseñanza se basa en buena medida en la teoría, pero es más importante saber cómo se puede adquirir esa capacidad (los materiales, los ejercicios, el método de enseñanza) que las reglas mismas. Inclusive se puede decir que las reglas por sí solas atrofiarían las posibilidades de nuestras palabras. Por eso, la doctrina retórica subordina la teoría al ejercicio.

Asimismo, como se ha visto, la retórica no es pura ornamentación de las palabras, argumentación o razonamientos, sino que abarca mucho más que eso, incluso más que las palabras. Vemos al sacerdote vestido con la larga estola que cae del cuello en sendas franjas. La estola simboliza la autoridad. Lo vemos quedarse quieto, meditando tal vez sobre los insondables misterios de la vida o quizá lo hace para darle más solemnidad al evento.

Si prestamos atención a las palabras que pronunciamos, no las encontraremos desnudas de paja o basura, libres de pasiones, pues en el discurso se mezclan tres elementos: los relativos al asunto (*logos*), al emisor (*êthos*) y al destinatario (*pathos*). El primero de ellos, el *logos*, corresponde al contenido de los argumentos, para probar, demostrar o sugerir que algo o alguien es justo, útil, posible, admirable, piadoso, verdadero o contrario a todo ello —en casos en que se debe decidir sobre dos o más opciones—, o reforzar o rechazar una determinada actitud. El sacerdote pone de manifiesto que todos estamos condenados a abandonar este mundo; es una verdad indiscutible, pero esto no calma el sufrimiento. En cambio, cuando lo vemos condolerse por nuestro infortunio, recurre al *pathos*, y ello nos consuela; pero nos sentimos más liberados del pesar porque se trata de un representante de Dios en este mundo, que entiende nuestro dolor, que escucha nuestros ruegos por la salvación del alma de quien ya se ha ido.

Lo anterior sucede en distintos grados en las situaciones más diversas. En las comunes discusiones sobre el aumento de impuestos, por ejemplo, las razones que ofrecen el gobierno y los legisladores son la necesidad y utilidad de dichos pagos, porque de esa manera el Estado cubrirá el déficit público, mejorará y aumentará los servicios públicos, que son muy deficientes. De ahí que el orador exponga sus razonamientos de manera técnica y estricta valiéndose de datos macroeconómicos, lo cual constituiría de por sí el fundamento del discurso y podría convencer a los ciudadanos. Sin embargo, al argumento: a mayores impuestos, mayor recaudación y a mayor recaudación, mayores y mejores servicios públicos, se podría objetar aspectos no considerados, como el que no sea necesario aumentar los impuestos, pues sería suficiente disminuir los salarios de los funcionarios

y la eficacia administrativa, entre otras posibilidades de encarar el problema. Por lo que el argumento anterior deberá cargarse de otros elementos que muestren la honestidad de la persona que habla.

“Se debe hablar a la población con honestidad y responsabilidad, como lo hace este gobierno”. El funcionario o el legislador recurren a argumentos que no explican la medida tomada, tan sólo ofrecen información sobre su comportamiento para encarar los problemas. Sólo de esta manera podría el orador obtener el crédito de los ciudadanos.

Para Aristóteles, este medio de convencimiento, llamado *êthos*, es el mecanismo más poderoso para alcanzar credibilidad. Más poderoso aun que las explicaciones macroeconómicas. Si a ello agregamos que el orador es reconocido por sus conocimientos, por tener un historial positivo, por estar libre de sospecha, entonces tendremos ahí un mecanismo realmente eficaz. Además, se agregan otros elementos que tienen que ver más con la sensibilidad de la opinión pública. Si el público está irritado por los bajos salarios, por los precios altos, etcétera, y si es partidario en su mayoría del partido político contrario al gobierno y a las iniciativas privatizadoras, el gobierno tendrá que pagar los costos de su política económica, tendrá que ver mermadas las preferencias, pero tal vez habrá logrado otros propósitos más importantes que no necesariamente son en beneficio de los ciudadanos. De cualquier modo, todavía puede recurrir a otros argumentos para disminuir los costos, el impacto negativo, y así dirá que los ciudadanos serán generadores de una nueva política, de un nuevo sistema, de un nuevo gobierno, y fustigará a los opositores como una minoría que escandaliza, como irresponsables, culpándolos, si fuera posible, de la crisis del momento y de las medidas necesarias que habrán de tomarse. Busca, en suma, crear irritación en los ciudadanos, temor a caer en una economía incontrolable, en un desplome fatal de la economía. Es así como el gobierno o el legislador sorteará un grave problema, con la ayuda además de los medios de comunicación masiva.

Pero a veces ello no es suficiente para convencer a la mayoría, no se puede aspirar a persuadir a todos. Por eso habría que considerar lo que los antiguos llamaban *kai-rós* o momento oportuno, que aunque puede generarse

es, en buena medida, incontrolable. Se aprovecha algún distractor o acontecimiento que amigre los costos políticos, como alguna final del campeonato del fútbol o el periodo de Semana Santa. Para esto se requiere de un buen ‘olfato político’.

En general, en las cámaras cada grupo parlamentario ya tiene una decisión a favor o en contra. En tal caso, las palabras no bastan, se recurre a la compra de votos o a las amenazas, en caso de no alcanzarse la votación. Todo esto ya no pertenece a la retórica o, mejor dicho, se encuentra en los límites de ella.

La descripción ofrecida se refiere sólo a la materia de los argumentos, que si bien es una parte mínima de la doctrina retórica, resulta muy importante. La invención constituye la materia retórica y se refiere a la localización del material argumentativo, mediante la técnica de los tópicos, y que incluye el estudio de los medios de persuasión (entimema y paradigma).

Además del contenido, es importante establecer un orden en el discurso: la secuencia más apropiada para darle fuerza a un parlamento, un texto, un sermón o un oficio. Así, con un orden claro será posible influir mejor en los destinatarios e incluso memorizar el contenido distribuyéndolo mediante la colocación de imágenes en lugares de un edificio, de un convento, de una ciudad, de manera que uno podría empezar por el medio o el final o el inicio, con sólo ubicarse en alguna parte del edificio y recorrerlo en una dirección o en otra.

Un elemento más de la retórica es el estilo, donde se estudia la teoría de los estilos (solemne, simple y medio) y se aplica a textos que van desde la poesía hasta la filosofía. También las virtudes son primordiales, ante todo la claridad, pese a que se tiene la idea errónea de que retórica es sinónimo de oscuridad, opacidad o confusión, pues todo eso se lleva bien con el engaño, el fraude, el sofisma. Además de ser claro, un discurso debe ser correcto

gramaticalmente, adecuado a los destinatarios y al género, y ornado. Los reflectores se han dirigido al ornato, como si la retórica fuera una supervedette. Pero su uso depende el género, el estilo y otros condicionamientos. La elección de los términos se basa en esos



"Dicen que esta voz no es mía", en *Presencias* (2013), de Yuriko Rojas.
Foto: Florencio Oliver Hernández Gómez.

criterios llamados virtudes. Palabras comunes, vulgares, neologismos y arcaísmos se emplean siguiendo el criterio de la adecuación al destinatario. Pero la parte más importante es la composición: cómo elaborar una cláusula atendiendo a la sonoridad, cadencia o ritmo, mediante segmentos breves de frases que funcionan como el verso en la poesía. Ahí también se da cuerpo a la argumentación, con el material obtenido en la invención. Hay diferentes esquemas argumentativos, siendo el más importante el que consta de cinco partes (epiquerema), con una diversidad de modalidades que permiten al autor u orador elaborar textos muy consistentes desde el punto de vista argumentativo, no sólo sobre aspectos lógicos, sino también éticos y patéticos.

Y por último, la *performance* o puesta en escena. Una gran cantidad de mecanismos que abarcan la voz, el rostro (en particular los ojos), los movimientos de las manos y del cuerpo. En cuanto a la voz, se observan diferentes patrones que tienen que ver con el volumen, la velocidad y la entonación, adecuados al emisor y al género.

En todo ello aparecen el *êthos* y el *pathos*, desde los argumentos hasta la puesta en escena, del orden del discurso al estilo. Por eso se habla de un estilo ético y de uno patético. A ellos se debe sobre todo la potencia del discurso de calidad.

Pero no se debe olvidar que se trata de un arte o *paideia* (de una ciencia de la educación), que predominó desde la Antigüedad griega y romana hasta el Renacimiento, aunque también se encuentra en otras civilizaciones, como la náhuatl o la china. Esta teoría es también objeto de sistematización por parte de los filósofos, como la célebre retórica aristotélica (que no era un manual del orador perfecto, sino una descripción del uso persuasivo del lenguaje público); asimismo es una práctica cultural que se presenta de diversa manera en todas las sociedades, no importa su grado de desarrollo. Por último, es una propiedad del lenguaje llamada 'retoridad' (López Eire, 2005) o, bien, *pregnancia retórica* del lenguaje. Nietzsche (2006), en efecto, observa que todo lenguaje es retórico, tanto porque no transmite *episteme* sino *doxa* como porque las palabras son metáforas.

Debido a todo ello, esta doctrina o enseñanza de la comunicación eficaz abarca tanto discursos literarios como científicos, pasando por todos los géneros y especies. Nació en los tribunales, de modo que es patrimonio de los abogados; se amplió al discurso político, de modo que es un don que usufructúan los gobernantes (el gobernante azteca era llamado *huey tlahtoani* 'gran orador').

La poesía, y en general la literatura, encontró cobijo en la teoría y enseñanza retóricas: fenómeno conocido como retorización de la literatura. Se retorizó (o mejor, nació retorizada) la gramática; así el sermón no es sino pura retórica, porque emplea mecanismos de comunicación de alta calidad. Y sucedió lo mismo con la epistolografía, la historia y, en fin, con la filosofía y la ciencia, por no alargar la lista. Descartes se dio cuenta de que la filosofía había caído en manos de la retórica e intentó sustraerla de sus garras. Pero ¿cómo iba a suceder esto si la filosofía también es discurso? Si el filósofo no quiere contaminarse con la retórica debe permanecer callado siempre o inventar un lenguaje artificial, como el matemático. Podríamos tal vez imaginarnos un libro completo compuesto sólo de símbolos. El título, un símbolo; el nombre del autor, otro símbolo; el prólogo, un conjunto de símbolos, y así sucesivamente.

Durante algún tiempo se dejó de teorizar sobre la retórica. Los filósofos abandonaron un importante filón de su trabajo especulativo y quisieron quedarse sólo con la lógica. Inclusive rechazaron la dialéctica, que busca el conocimiento verosímil. Pero a la retórica no le pasó nada: los políticos, los académicos, los sacerdotes, las abuelas siguieron hablando para convencer o producir determinados efectos, sin que necesitaran de teorías sobre discurso eficaz. Ahora la filosofía vuelve a esos estudios; da cuenta precisa de los fenómenos de la persuasión, la metáfora, la hermenéutica, etcétera. Tenemos un mejor conocimiento de ello. La enseñanza de la eficacia discursiva en realidad nunca desapareció, sólo dejó de usarse ese nombre. Se prefería, por ejemplo, nombres como 'filosofía de la composición' (Poe, 2001), al igual que los textos sobre composición, expresión oral o escrita, técnicas de investigación, entre otros.

Tal vez no todos estén de acuerdo con algunas de estas afirmaciones. La verdad es que el discurso de calidad persuasiva ahí está y debe estudiarse y enseñarse; si a eso le llaman 'retórica' creo que estarán en lo correcto, pero si emplean otro nombre, ése es un problema secundario. LC



"Aquí es Latinoamérica", en *Presencias* (2013), de Yuriko Rojas.
Foto: Florencio Oliver Hernández Gómez.

REFERENCIAS

López Eire, Antonio (2005), *Sobre el carácter retórico del lenguaje y de cómo los antiguos griegos lo descubrieron*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, Colección Bitácora de Retórica.

Nietzsche, Friedrich (2006), *Escritos sobre retórica*, Madrid, Trotta.

Poe, Edgar Allan (2001), *La filosofía de la composición*, San Lorenzo de El Escorial, Cuadernos de Langre.

GERARDO RAMÍREZ-VIDAL. Licenciado y maestro en Letras Clásicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, México. Doctor en Letras por la misma facultad, con la tesis elaborada en el Istituto di Filosofia della Facoltà di Magistero dell' Università degli Studi di Perugia, Italia (1997). Actualmente es investigador de tiempo completo en el Centro de Estudios Clásicos en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, donde coordina el Seminario de Cultura Griega Paola Vianello. Fundó la Sección Mexicana de la ISHR (Sociedad Internacional para la Historia de la Retórica) de la que fue el primer presidente (2007-2009).



Presencias (2013), de Yuriko Rojas. Foto: Florencio Oliver Hernández Gómez.